

La Dama que una vez fue reina mora

En estos días, e imagino que en razón de mi oficio, muchos amigos y conocidos, propios y extraños, me han preguntado —con sorna o con curiosidad sincera— por la imagen de piedra que apareció en La Alcudia ese cuatro de agosto de hace más de 100 años; dando por supuesto que he ido a verla, me preguntan por su belleza, su valor, su significado y, cómo no, por su destino legítimo, como si antes fuera invisible y de repente se hubiera materializado. Resulta difícil escapar al poder de fascinación que ejerce ese símbolo social, devenido en mito... Hablemos, pues, de la Dama.

Desde que nos miró «desde dentro de la tierra», en palabras atribuidas al humilde y sobrecogido muchacho que la desenterró, no han hecho más que sucederse sugerentes lecturas pobladas de enigmas: ¿pudorosa joven o digna matrona?, ¿aristócrata o diosa?, presentación y representación... Es el icono enigmático de un juego de ambigüedades y suposiciones, que en cierto modo hacen de la Dama lo más evanescente de la ruinoso ciudad imaginada donde apareció.

Debo confesar que me cuesta verla de tantas veces como la he visto; es para mí una presencia multiplicada y constante, que me acompaña desde mi infancia, como receptáculo de rancias esencias y continuismos castizos; y esa ubicuidad folclórica provoca un hartazgo que impide tomar la necesaria distancia para recrear la imagen enigmática de la mujer ibera que encierra. Quizá sea que de de tanto verla, nunca la he mirado, y las constantes imágenes recreadas en estos 100 años han terminado por crear un juego de espejos que confunden y distorsionan la verdadera imagen.

La ambigüedad y la duda la persiguen desde su alumbramiento; es decir, desde que naciera de nuevo para construirse como ficción alegórica, como representación colectiva de diversos y en ocasiones contradictorios conceptos. Nunca hubo imagen



SONIA GUTIÉRREZ LLORET

tan poliédrica ni símbolo tan controvertido. Materialización perfecta de la ambigüedad, se ha dudado de casi todo en ella: desde su hallazgo hasta su autenticidad, pasando por su sexo, su naturaleza y su cronología.

Descubierta una mañana por uno o una tarde por otro, según unos y otros (¿por qué será que la investigación pristine de La Alcudia tiene ese aire de construcción que empuja a la confusión?); olvidada en la tierra o escondida en un arenoso depósito votivo, hasta las versiones de su descubrimiento son divergentes.

Vista primero como varón por los eruditos ojos de Pedro Ibarra, fue popularmente reconocida como la más exótica de las mujeres, una auténtica «reina mora» más próxima al imaginario femenino orientalista,

recreado con tanta fortuna por Delacroix y sobre todo por Mariano Fortuny apenas un par de décadas antes de su descubrimiento, que al mundo clásico. De esta forma, el ambiguo Apolo entrevistado por Ibarra se convirtió con el tiempo en el arquetipo del eterno femenino español y en el austero símbolo de la casta, digna y piadosa mujer franquista, en uno de los más paradójicos y divertidos casos de travestismo histórico que conozco. Se ha discutido mucho su condición de mujer, aristócrata o diosa, pero todas estas visiones científicas, rigurosas y complementarias, se estrellan con el desbordado y sentimental imaginario popular, que la admira con devoción pagana y la recibe como una virgen, entre vítores, piropos y aplausos.



Reivindicada como materialización de la idea de España, tanto por los intelectuales republicanos como por los ideólogos del nuevo régimen surgido tras la contienda, fue vendida primero y canjeada después, con la Inmaculada de Murillo y las coronas reales visigodas del tesoro de Guarrazar, entre dos gobiernos —el de Franco y el del mariscal Petain en Vichy— igualmente preocupados por construir el discurso de sus orígenes nacionales. Exiliada ilustre de todas partes y de ninguna, siempre ausente y eternamente reclamada por unos u otros; como reina de ningún lugar y ya de todos, se asomó por primera vez al balcón de la representación pública en una plaza de Elche, para acabar habitando en los mejores museos: el Louvre, el Prado, el Museo Arqueológico Nacional y ahora de visita en el nuevo museo de Elche. Y en ese devenir, la enigmática Dama ha sido imaginada como símbolo nacional de identidades contradictorias y en ocasiones excluyentes: Iberia, España o Elche, a través de continuidades tejidas con hilos invisibles

La Dama que una vez fue reina mora

de pueblos inmutables, que justifican así su pretendida idiosincrasia desde los tiempos más remotos.

La Dama de mirada gacha ha servido también, seguramente a su pesar, para construir los mitos de origen de un pasado local, imaginado desde el presente, y de un presente recreado desde el pasado, que explica incluso el éxito social del gentilicio ilitano aplicado a los habitantes de la ciudad de Elche, de indiscutible origen medieval. La Dama homónima —nuestra Dama de Elche, que trajo su nombre evocador como souvenir de sus vacaciones parisinas— nada tiene que ver con la identidad nacional de España, pero tampoco con la local de Elche, por más que allí se la sienta propia, y no quisiera que nadie, confundido por un natural y justo amor a su tierra, vea en estas palabras un demérito para su ciudad. Nada más lejos de mi intención, pero creo firmemente que nuestra obligación como historiadores consiste en recor-

dar que la asunción de continuidades históricas, por más prestigiosas o entrañables que resulten, no ennoblece ni dignifica nuestra historia, sino que únicamente la aproxima a la leyenda y termina por confundirla con la fabulación.

No nos engañemos, la sociedad ibera que alumbró y dotó de sentido la escultura que hoy conocemos como Dama de Elche, se enterró con ella, y su interpretación histórica y veraz únicamente surgirá del estudio de los restos arqueológicos exhumados en la colina de La Alcudia o en otros yacimientos contemporáneos, y de su contrastación científica con un universo material y textual más amplio. El resto son miradas evocadas y discutidas desde el presente, y tampoco la mía —distante y distinta— es ajena a este discurso presentista y levemente irónico que reclaman los mitos.

Primero la he contemplado como esa representación de rango y género —o del rango expresado a través del género— que pro-

ponen sus lecturas más rigurosas, y convence imaginarla como una mujer que se representa presentándose, desde la convención posiblemente religiosa del pudor expresado en su mirada baja y del cierto hieratismo que entraña la majestad con que se muestra de frente. Sin embargo, desde mi mirada distante de no iberista, no puedo evitar que me recuerde —y no soy la primera en percibirlo— las imágenes de las novias bereberes, que se atavían con todos sus ornamentos imposibles, para mostrarse y ser mostradas el día de su boda y que tan bien retrató Germaine Laoust-Chantréaux en los años treinta, en una Kabylia hoy tan evanescente como la misma ciudad en que nuestra Dama fue enterrada. No obstante, al observarla con mirada femenina no la veo tanto pudorosa como contenida y, por qué no, atenazada por el peso de su rango, de la responsabilidad que tuvo entonces, y de la que se le ha otorgado ahora, en estos 100 años que han construido de nuevo su deconstruida imagen y la han hecho, como

notó su descubridor ya anciano al reencontrarla en Madrid, parecer más vieja.

No sé si es una ilusión más del juego de espejos que la oculta, pero observando las primeras fotografías que Pedro Ibarra le hizo en agosto de 1897, parece hoy más humilde y cabizbaja que entonces; como si con su transformación secular en icono, le pesaran aún más rodetes y manto. De todas las imágenes que esconde, la de reina mora es seguramente la más sugerente y posiblemente la que ella elegiría si pudiese. Por ello, mi mirada, distinta y divertida, pasa por imaginarla como una odalisca de Fortuny, en el momento de quitarse la pesada túnica y soltar los cabellos escondidos en los grandes rodetes; en ese instante, por fin, levantaría los ojos de pasta vítrea para mirar al espectador y quizá murmurase... ¿es tan pesado ser un símbolo! □